

Historias Acuarianas Para Niños

Dios sostiene tu mano

por Clara E. Huffman

El sol de la mañana se movía en el cielo marcando la hora de ir a la escuela. Envió sus mensajeros a los niños de la Tierra. Un rayo brillante se apresuró a la habitación de Margy Lou, donde iluminó su rostro y la despertó. Mientras abría lentamente los ojos, notó el rayo de sol que entraba por una rendija de la persiana, como una escalera dorada hacia el cielo.

—¡Margy Lou, Margy Lou! Hora de levantarse —era su mamá llamándola.

Margy no respondió; estaba absorta mirando las partículas que bailaban dentro del rayo de luz.

Unos minutos después, su mamá volvió a llamar:

—¡Margy Lou, Margy Lou! Será mejor que te levantes ahora o llegarás tarde a la escuela.

Cuando escuchó la palabra "escuela", el corazón de Margy dio un vuelco. Recordó que ese era el día en que tenían que recitar el poema "La hora de los niños". A ella le gustaba la poesía, especialmente los poemas de Longfellow, pero le daba miedo pararse frente a los niños y niñas a recitar.

Se le hizo un nudo en la garganta solo de pensarlo. Le empezó a doler. Le diría a su mamá que no se sentía bien. Quizás la dejaría quedarse en casa. Así no tendría que decir el poema.

La señora Bond entró en la habitación. Margy no se movió. Su mamá se acercó a la cama.

—¿Qué pasa, Margy? ¿Por qué no te levantas?

—Ay, mamá, me duele la garganta —dijo Margy, llevándose las manos al cuello.

La señora Bond le examinó la garganta y notó que tenía las anginas un poco inflamadas. Sin embargo, como era una mamá sabia, decidió que era mejor no hacer caso a esos síntomas esta vez. Dijo:

—No creo que sea nada grave. Probablemente se te pase para cuando llegues a la escuela. Levántate ahora y alístate. Tendré tu desayuno listo en unos minutos.

Luego salió de la habitación.

Margy se levantó. Sabía que su mamá no iba a dejar que el problema de la garganta fuera una excusa para quedarse en casa esta vez. Pronto se vistió y se alistó para el desayuno. Pero el chocolate caliente que tanto le gustaba, con pan tostado, no le apetecía nada mientras pensaba en la difícil prueba que le esperaba. Comió un poco para que su mamá no se preocupara, pero dejó el cereal sin tocar.

Luego tomó sus libros y empezó a caminar hacia la escuela. Normalmente disfrutaba el paseo, pero hoy cada paso la acercaba más a la hora de la recitación. Finalmente, bajó la cabeza y oró mientras caminaba:

—Querido Dios, ayúdame a decir el poema. Ayúdame a no tener miedo.

Pedirle ayuda a Dios la hizo sentir mejor y, cuando levantó la cabeza, vio algo redondo, oscuro y brillante en el suelo, frente a ella. Se agachó y lo recogió. Era una castaña de caballo. Margy supo por qué estaba tan brillante: alguien la había llevado en su bolsillo por mucho tiempo, probablemente para evitar el reumatismo, como había oído decir a su tío Jim.

La sostuvo en su mano y la miró. ¿Cómo podía esa nuez evitar el reumatismo? Quizás era porque uno creía que así funcionaba. Entonces vio a Thelma y Lucille haciendo señas para que se apresurara, así que guardó la castaña en el bolsillo de su vestido y corrió a alcanzarlas.

Por fin llegó la hora de la poesía. Thelma fue la primera en recitar. Habló sin el menor signo de miedo. Margy sabía el poema tan bien como Thelma. Se preguntaba por qué no podía recitar como Thelma. Después de Thelma, siguieron dos niños. Margy empezó a ponerse nerviosa porque sabía que su turno se acercaba.

Finalmente, la maestra sonrió y dijo:

—Eres la siguiente, Margy Lou.

Margy caminó con vacilación hacia el frente del salón. No se atrevía a mirar a los niños y niñas, así que mantuvo los ojos en el suelo. Intentó hablar. Movié los labios. No salió ningún sonido. Le dolía la garganta. Le temblaban las rodillas. Sin darse cuenta, metió la mano en su bolsillo. ¿Qué era esa cosa dura que sus dedos tocaron? ¡Ah, sí! La castaña que había recogido. La apretó con fuerza en su mano mientras intentaba hablar de nuevo. Para su sorpresa, las palabras ahora salían con claridad. Levantó los ojos y miró a los niños. Recitó el poema sin un solo error.

Margy regresó a su asiento muy feliz. Pero los elogios de la maestra no eran la causa de su felicidad. Algo le había pasado. No había tenido miedo de recitar mientras sostuvo la castaña en su mano. Quizás realmente servía para evitar el reumatismo, pensó. De todas maneras, iba a guardar esa castaña, y la próxima vez que tuviera miedo de recitar, vería si la ayudaba.

Así que durante varios meses, a Margy no le volvieron a doler las anginas. Cada vez que tenía una lección difícil, sostenía la castaña mágica en su mano y recitaba bien. Pero nunca le contó a nadie sobre la nuez. Siempre tenía cuidado de esconderla cuando llegaba de la escuela.

Llegó el día del examen de historia. A Margy nunca se le había facilitado la historia. Debía asegurarse de llevar la castaña para que la ayudara durante el examen. Justo antes de ir a la escuela, la buscó en el cajón donde la guardaba. No estaba allí. Buscó por toda la habitación, pero no pudo encontrar su castaña. Debía haberla dejado en el bolsillo de su vestido azul el viernes pasado. Le preguntaría a su mamá si la había encontrado.

La señora Bond estaba planchando.

—Mamá, ¿has visto mi castaña? —preguntó la niña.

—Ah, sí. Encontré una ayer cuando lavé.

—¡Oh, qué bien! ¿Qué hiciste con ella? —la voz de Margy se volvió más aguda.

—La tiré, querida —respondió su mamá.

Entonces Margy gritó:

—¡Tiraste mi castaña! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer ahora?

—Bueno, puedes conseguir otra la próxima vez que vayamos a casa del tío Jim, cariño. No te estás volviendo supersticiosa, ¿verdad?

—Pero no quiero otra. ¡Quiero esa! —Margy comenzó a llorar.

La señora Bond apagó la plancha, puso su brazo alrededor de Margy y la llevó al sofá. Luego dijo:

—Ahora cuéntale a mamá qué pasa. ¿Te regaló la castaña alguien que te gusta mucho?

—No, la encontré —sollozó Margy.

—¿No puedes decirme por qué significa tanto para ti? —preguntó la señora Bond—. La habría guardado si hubiera sabido que querías quedártela —continuó, tratando de consolarla.

Poco a poco, su mamá logró sacarle a Margy la historia de cómo cada vez que sostenía la castaña en su mano podía recitar sin miedo y aprender sus lecciones más fácilmente.

Entonces la señora Bond dijo:

—Margy Lou, escúchame. Esa pequeña castaña estaba llena de Vida. Sabemos que había Vida dentro porque si la hubiéramos plantado, habría crecido. ¿No es cierto? Ahora, la Vida que había en esa castaña era Dios. Cuando sostenías la nuez en tu mano, en realidad estabas sosteniendo la mano de Dios, porque la mano de Dios está en todas partes. Él sostiene nuestra mano todo el tiempo para que no tengamos miedo, pero a veces no sabemos que lo hace. Ahora esta es tu oportunidad para aprender que Dios sostiene tu mano. Cuando tengas miedo o pienses que no puedes aprender tus lecciones o recitarlas, solo recuerda que puedes sostener la mano de Dios con tu mente. Así podrás usar las dos manos libremente para lo que tengas que hacer. ¿No crees que eso será mejor que tener que buscar y cuidar una castaña todo el tiempo?

—Sí —dijo Margy pensativamente—, lo creo. Pero, mamá, no puedo sentir que Dios sostiene mi mano como puedo sentir la castaña, ¿verdad?

—No, querida —respondió su mamá—, pero puedes saber que Dios está siempre contigo. Eso es sostener Su mano con tu mente. ¿No crees que puedes hacer eso?

Margy miró a su mamá un momento y luego dijo:

—Sí, creo que puedo. Creo que Dios está sosteniendo mi mano ahora, y estoy segura de que puedo pasar ese examen de historia hoy.

Entonces Margy tomó sus libros y se fue a la escuela. Se detuvo en la puerta el tiempo suficiente para decirle a su mamá:

—Ahora me alegro de que hayas tirado mi castaña. Pero también me alegro de haberla encontrado, porque si no lo hubiera hecho, quizás habría tardado mucho en aprender que Dios sostiene mi mano.